

POEMAS

Pablo Cassi

.....

Los siguientes poemas, enviados por su autor, forman parte del libro *El Amor se Declara Culpable*, del chileno Pablo Cassi:

El ocasional viaje de mi alma

Llueve sobre la iglesia de San Fabián de Alico,
la humedad deja su oficio en un Cristo desnudo.

Alguien anda tras de mí los Domingos de Ramos
con el simulacro de una conquista espiritual,
descifrar los inmortales símbolos de la vida,
el ocasional viaje del alma hacia el espacio más oscuro.

El muro de los lamentos lo disputan moros y
cristianos,
cancelan favores recibidos,
renegocian en cómodas cuotas
antiguos arrepentimientos.

No hubo señal de salvación alguna,
ni milagros a domicilio,
en esa subasta de dudosas intenciones.

Alcancé a decirte –que la suerte nos acompañe–
la misma que nos reúne un año más viejos,
atrapados y perdidos en los mismos ritos.

Como si nos hubiéramos conocido en otra vida

La encontré una tarde paseando por los astilleros de
Hondarribia
–una mujer como ella podría romper el horizonte–
tan sólo con detenerse en un espejo.

La soledad corre por un río paralelo que ha perdido
el deseo de conciliar el sueño.

Una sonrisa escapa inadvertida de sus labios,
titubea como la lluvia antes de humedecer el aire,
rompe el silencio que había puesto en su boca
y apacienta la incertidumbre de las palabras
inmortales.

La invito a compartir un café en la Galería del Jardín
y me instalo cómodamente en su vida,
replanteándome mi olvidado oficio de poeta.

Sin nada que ofrecerle, salvo este casual encuentro
hemos hablado como si fuéramos viejos amigos
como si nos hubiésemos conocido en otras latitudes.

Nos enamoramos aspirando el perfume de una flor
y recojo en ese encuentro una historia diferente
que podría ser perfectamente nuestra.

—El azar que todo lo une también desune—
suponiendo que estaremos a la misma distancia
en la profundidad oceánica del Pacífico o el
Mediterráneo,
siempre próximos a un corazón con setenta y siete
latidos.

El aire construye su propio camino entre las estrellas
el vino transporta en cada copa el rumor de la
existencia.

Quizás en este verano aprendamos que la vida es breve,
como las flores que se abandonan cada primero de
noviembre.

Bohemio impenitente

*(A Francisco Madrid, el desconocido más
importante
y solemne de la comedia humana).*

Cerró la puerta en señal de nostalgia
y su gesto adquirió un carácter de tragedia.

Se marchó en el invierno de 1999,
recopiló todos los sueños después del insomnio
y buscó en una antigua mirada de mujer
—la huella que le quemó los ojos—

Su pupila de bohemio sin reloj ni corbata
olía siempre a desvelos y frustraciones.

Sembraba en cada esquina un ritual de palabras
como si éste fuera su último discurso.

Una calle lo vio caer a medianoche,
la angustia dobló la esquina de su nombre,
expulsó su pasado de dudosa geografía.

En su alma los fantasmas no encontraron nada,
más bien echaron suertes sobre su precaria existencia.

Un traje de incertidumbre

Un río de pájaros opaca la tarde con su vestuario de
cementerio
y el viento pierde el equilibrio en la última bocacalle.

Fue un acto de arrogancia
esa noche de concierto hace quince años,
concluir su jornada en el Teatro Municipal de San
Felipe
y derrochar la fama sin titubeos en un Night Club
con una fuga de Bach que no conocíamos.

Desgastó su vida inútilmente en búsqueda de una
pasión sin precedente, herido por la muerte se suicida,
se borra simultáneamente de todos los caminos.

Duele comprobar que la ciudad haya perdido la
memoria,
la paciencia de esperar a otros muertos,
la muerte que miente más allá de sus gestos
habituales.

La humedad del invierno regresa con la lluvia
y no hubo tiempo para que él sobreviviera.

Bailarina de topless

*(A Karen Bahuer, la que conocí en la página C-7
Del diario El Mercurio de Santiago, agosto de
1997)*

Acostados tú y yo,
somos alguien más que un par de sábanas que tienden
un misterio.

Llega a mi vieja agenda
con la costumbre de otro rostro.

Su cuerpo de larga duración,
da vueltas en la imaginación de quienes la conocen
e inscribe su nombre en un año bisiesto
sin más suerte que la derogación de su propio
onomástico.

No descarto que el móvil haya sido un error
voluntario.

Ella se ha graduado de intérprete en una universidad
privada,
lee a Shakespeare y a Goethe en sus horas de ocio.

Próxima, la noche se deja caer
con la timidez de un espejo que ha perdido el reflejo
los primeros temores en su debut de bailarina de
topless.

Quizás regresa al mismo farol
con la eterna duda de continuar desatando amores
prohibidos,
que nadie sabe si existen a las cinco de la madrugada.

Que no llame a engaño tanta retórica,
ella debutará en su cama cinematográfica
con la experiencia de una mujer que tiene más de
cuatro décadas

El lado oscuro del segundo piso

El día escapa por la cerradura,
entumece el aroma de las palabras.

Un verso se sumerge en los labios,
la antigua casa se echa a morir
en el lado oscuro del segundo piso,
espera el regreso de los gorriones
y la queja en si bemol de las goteras.

Nunca sus habitaciones han estado tan sombrías,
tan tardíamente pensativos los umbrales
como si careciera de mejores tiempos
en el índice de su primera biografía.

La noche golpea con un bostezo

la antigua estirpe de su sombra,
huele a lluvia la mampara de otros inviernos.

A la hora del té
desnuda el alma de viejos anhelos,
consume el escaso kerosene del farol,
contagia de muerte a su propio cadáver,
muros que no sobrevivirán al ruido de la autopista
cuando subliminalmente la ciudad sea sitiada
por el progreso.

País Vasco

La estación de San Sebastián se despoja de sus únicos
pasajeros,
rostros que reflejan la tenue luz de un andén
el latido de un reloj que echa marcha atrás el
minutero.

La noche cae como el vestido que lleva puesto
y mis manos vuelven a transitar por su cuerpo
con la existencia indesmentible
que su mirada viene de otro tiempo.

A una hora cualquiera de este verano
es posible que la lluvia tropiece en una esquina del
cielo
deje en un café de Irún la silueta de un beso.

La nada silenciosa se adueña del país Vasco,
una habitación en el tercer piso del hotel Jauregui
instaura el aniversario de una despedida.

Un aeropuerto que no sabe de geografía
convive con la nostalgia del último vuelo.

La velocidad del psicoanálisis

*(A Putaendo y su vieja estirpe de pueblo
abandonado)*

Extraño la quietud de mi antiguo pueblo
el sentimiento que huye a la velocidad del
psicoanálisis,
un cementerio colmado de domingos,
y el sombrío paisaje que en parte de pago deja la
ausencia.

Llega la tarde cuando ya es demasiado tarde
reclama para sí el unánime juicio de la verdad eterna
y un dogma de vieja data justifica mi existencia.

A la deriva el viento deletrea el olvido,
un murmullo busca un pretexto
poco serio para ignorarme.

Por causa de mi existencia Dios agoniza en todas
partes.

Los cotidianos comentarios de la noche

La oscuridad extiende su mano, apaga la vela
el eco de una sombra cae irremediadamente
siempre existe una zona de vacío,
esa sonrisa extraña que cruza el prodigioso ejercicio de
mirarnos.

Conversemos en torno a esta caminata de recuerdos
arimando tu voz a la mía,
a los cotidianos comentarios de la noche,
acostumbrándonos a vivir con las multitudes que habitan
nuestros cuerpos, lejos del viejo armario de tus prendas
íntimas en la geografía infinita de las emociones.

De aquí no te vas,
ni los deseos que genera tu cuerpo.

Envejeceremos conversando con los pájaros,
partiendo cada error en dos.
A veces me pregunto qué haríamos el uno sin el otro.

Nostalgia gardeliana

(A Carlos Ruiz Zaldívar cada 24 de junio)

Prevalece frente a lo único que posee
una tarde que se extiende perezosa sobre la calle,
el ruido de un tren que atenta contra los días
y quiebra el orden natural de las emociones.

Un disco de acetato cumple la función de introducir la
nostalgia
Gardeliana, transa el último camino existente y
aunque nadie lo conozca cuelga en una percha su
escaso entusiasmo.

El triste contacto de sus huesos
deja atrás los absurdos cálculos del destino
mientras el viejo candil de la cocina
alumbraba por última vez el antiguo retrato de su
infancia,
escribe una señal en la estación del ferrocarril
reafirma la tristeza que se oxida con el olvido.

Ingresaba la noche y pesa en su memoria,
el dolor gris de los días cotidianos.

Intercambio de adjetivos

La noche acumula vicios,
muere un poco asesinada por la desidia y el engaño.

No creo que sea este el momento de cruzar una palabra
con la
historia.

Evito las posibles confrontaciones,
el intercambio de adjetivos entre la verdad y la mentira,
la inconsecuencia de tantas frases dichas
y la intolerancia de tantas secuencias.

Imaginemos no tanto para que sea creíble
sino lo suficiente para que pueda ser cierto.

Este es el momento de interrumpir con otra historia el
silencio
de este siglo y evitar cualquier confusión por favorable
que sea.

Tenían razón mis adversarios
fui demasiado consecuente con mi oficio.

La mirada de impaciencia

Apoyado en la pena
pongo una mirada de impaciencia
en el calendario.

Temo a veces que sea el silencio
el que retrocede con el océano
esa sensación siempre misteriosa
que trae en los ojos la triste intemperie.

El aire pasa y nos lame con un perro
cierra el último pestillo de la ventana,
la humedad más antigua de la historia
aquella que sobrevive a los olvidos voluntarios.

No tiene distancia la palabra que se olvida.

Una historia de dudosa alegría

(A Jorge Thellier en un bar de Matucana)

Llueve desde el poniente en Santiago,
mi rostro entristece la tarde,
mi camisa cae bajo la sombra de un transeúnte.

Ebrio y noctámbulo convoco a Jorge Thellier
para inventarnos historias de dudosa alegría,
mujeres que sonríen con guiños de complicidad
y juzgan con rigurosa parsimonia cada uno de
nuestros gestos.

Tenemos cada día más de setenta años
un silencio sin límites nos envejece constantemente,
no culpamos al destino de la suma total de nuestros
errores,
al hombre de otra historia en que nos hemos
convertido.

Viciosamente existimos
escuchando debajo de este puente
algunas historias de sus primeros habitantes.

A este vino le han quitado el derecho de brindar por
nuestra pena.

La pequeña historia cotidiana

(A José Francisco Ladrón de Guevara)

Alguien colecciona en fascículos
la biografía de sus fracasos,
la posibilidad de que sus sueños se derrumben.

Existe en la antesala de los hospitales
en la pintoresca farmacología
que ensaya en su brazo
el olvido de juntar todo su pasado.

Abandonado en mitad de la incertidumbre
relega al olvido la superficialidad de los halagos,
recoge de tarde en tarde la pequeña historia cotidiana,
la obsesión de adentrarse más allá de las intuiciones.

Es difícil precisar el diámetro de su enigma,
la ubicación jerárquica de sus desencuentros,
a menos que se encuentre el borrador más antiguo de
su juventud
o la primera copia de su manifiesto filosófico-
poético.

Una lágrima se desliza por el tobogán de su mejilla,
errónea e indescifrable
una tenue luz proyecta una sombra a punto de
perderse.

—Entonces la breve historia cotidiana
escribe la biografía universal de la memoria—,
el origen de la primera versión,
la escritura que sólo podrán descifrar los primeros
iniciados.

Democracia caribeña

*(A Mario y a los miles de cubanos que se
impusieron la autocensura)*

Sentado en la plaza de Santiago de Cuba
sacude el corazón de una pena,
bebe el áspero ron de la desazón
hasta perderse en su propia autocensura.

—Nadie entiende la exacerbada pasión
por su infinita lucha antiyankee—.

Cae el sol de una tarde que creía propia,
la oscuridad se levanta en medio de la incertidumbre
no hay dolor que doblegue su sueño caribeño
ni cafetales que prescriban el secreto anhelo de la
democracia.

Inevitablemente La Habana el próximo primero de
mayo
se poblará de los mismos discursos revolucionarios.

Fidel va definitivamente en dirección equivocada
repite las mismas consignas bolcheviques,

viste antiquísimos trajes de gabardina verde,
pretende ser la réplica exacta del perfecto héroe.

Huérfano y casi sin aliento el mayor anti-imperialista
divaga por su triste historia
como si nada hubiese ocurrido
en la última década del siglo XX.

Te diré a lo que vine

Un paraguas se llueve de tristeza.
Este es un error más de la lógica racional.

Muero definitivamente en el luto de mi vecina
en la sonrisa de novio pobre que se eterniza en mi
semblante.

Tú, intuyes la nostalgia fundamental de mis días
vislumbras la maldita costumbre de cruzar a
destiempo por tu vida.

Esta noche te diré a lo que vine
si esto ayuda a armonizarte
si acaso por error todavía me esperas,
si crees en la posibilidad de coincidir alguna vez en
algo.

Pero no digas a nadie
que me has visto transitar por esta calle,
apoyado de farol en farol
con una canción de Joaquín Sabina
que hice mía sin más testigos que la aurora.

Mientras sueño con tus besos
tu cuerpo modifica la temperatura de mi rostro
y no puede evitar que mis ojos te desnuden.

Donde hubo un beso tuyo,
hoy arden mis labios.

Una mujer lee poemas de Bécquer

Vive desconocida en el silencio de su propio retrato.

Amo a esa mujer triste
que cada tarde lee poemas de Bécquer,
cierra los ojos y arde de impaciencia.

Convertido en sombra desde el otro lado del
pensamiento
me entrego a la complicidad de su mirada,
a sus labios que sobreviven a la orfandad del deseo.

El tiempo se ha encargado,
de desarmar algún posible romance
asfixiar en su cuerpo la exacta respuesta
para cada pregunta del deseo.

Aunque a veces su rostro exterioriza una sonrisa,
la timidez con su alevosa indecisión
congela el más mínimo de sus rubores.

Una canción donde caerse muerto

(A un anónimo cantor analfabeto)

Clavel, canta un antiguo repertorio de tangos y
boleros
en el Club Social de los Ferroviarios.

Lejos de la diversión y de la alquimia cartelera
cae su voz en los rostros trasnochados
que atraviesan la misma calle.

Ausente de entusiasmo canta por inercia,
una dosis de olvido en una orilla de la lluvia
se instala en cada hombre que trae a su alma
el tacto de una melodía.

Afuera los árboles se embriagan en su propia copa,
la madrugada gira en un rostro de antigua fotografía.

Es difícil imaginar algo distinto a la incertidumbre,
creer en la existencia de alguna esperanza,
desafiar a la majestuosa pena de andar con el cuerpo a
duras penas.

No sólo en los labios él vive esta historia
también en las manos tristes de un cadáver.

Clavel,
insiste en reclamar un lugar en la sociedad,
—al menos tiene una canción donde caerse muerto—

En el lado opuesto

Me situaré en el lado opuesto de la melancolía,
la noche se sentará a mi lado
y vendrán otras noches caminando a pocas horas.

A escasos centímetros de mis ojos una lágrima muere,
hereda la osamenta de tu rostro
la temperatura confidencial de todas tus tristezas.

Tú que no eres promesa de nadie
sé mi amante en el aliento de un beso,
no pretendas olvidarme
ni confundir mi rostro
en el precario equilibrio de un sueño.

Silencioso el calendario dejará pasar dolores indemnes.

Ella continúa olvidándome

Una canción antigua suspira por la orilla
y sólo por la orilla recorro nuestra historia.

Caí en la trampa de sus labios.

Hubo enormes razones para perderme
no obstante se me antoja su boca,
desnudarla cada día con un poema distinto.

Ella en mi ausencia continúa olvidándome,
construye su propia historia
y mi vida empieza con una herida en los labios.

La conocí para perderla,
el olvido también está lleno de memoria,
el tiempo deja siempre una huella.

Los mejores instantes no pertenecen a este mundo.